



## ESPAÑA Y LA GUERRA

### TONTOS, TONTOS, TONTOS

El leader jaimista don Juan Vázquez de Mella acaba de pronunciar un discurso sobre el momento actual de la guerra. El señor Mella no es químico, ni botánico, ni filólogo, ni jurista, ni historiador: el señor Mella es meramente un retórico fecundioso y palabrero. El orador tradicionalista no ha escrito jamás un libro; pero ha pronunciado muchos discursos. Muchos discursos larguísimos, de los que aquí llaman grandilocuentes y sublimes los abogados de cabeza de partido y demás personas de mentalidad mediocre y obtusa. El señor Vázquez de Mella ha resuelto el problema de encerrar en la mayor cantidad de palabras sonoras la menor cantidad de pensamientos. La fantasía del señor Vázquez de Mella, lejos de ser fresca facultad creadora, es una calidad subalterna de su verbo que le emborracha de palabras y más palabras.

Pues el orador tradicionalista ha pronunciado un discurso en el Teatro de la Zarzuela. Las damas y los niños congregacionistas le han aplaudido mucho; el cerebro de estos pollos y de aquellas señoras se corresponde notablemente con el magín del orador fogoso. El retórico ha cantado al Káiser, al sultán de Turquía, y a los violadores de la neutralidad belga; ha elogiado las excelencias de una Alemania que no existe; nos ha revelado que es anglófono, cosa que sabíamos, porque su tosquedad intelectual no tiene el sentido del matiz, tan fuerte y agudo el Inglaterra; ha referido, en párrafos recitados a compás de tamboril, una serie de sandeces históricas, y los germanófilos han aplaudido a rabiar las metáforas manidas y huera de su ilustre jefe. Y al glosar el discurso del charlatán asturiano, ha dicho el órgano germanófilo en España, *El Correo Español*, «que mientras España

cuente con hijos tan guerreros y tan independientes y tan patriotas como el señor Vázquez de Mella, el leopardo inglés no posará su planta sobre el suelo español».

¡Tontos, tontos, tontos...!

La tontera germanófila acaba de revelarse en toda su desnudez con este discurso del señor Vázquez de Mella. Los que hasta ayer hablaban del laberíntico Kant, del nebuloso Fichte, del acróbata Hegel, cantan las ventajas de una ciencia que no conocen y que no entienden; los facciosos que se llamaban depositarios del espíritu de Cristo sobre la Tierra, aúllan de placer ante las bestialidades llevadas a cabo por los germanos en Bélgica; los que no tienen conciencia de la responsabilidad de nuestras futuras andanzas históricas, tratan ahora, ebrios de berborreo, de embarcarnos en las más fantásticas aventuras; los que han hablado de Lutero, los que han hablado del Turco —¿qué dirán Santa Teresa y Miguel de Cervantes?— están haciendo ahora la apoteosis de la fuerza bruta...

El discurso del señor Vázquez de Mella es altamente representativo. Puede estudiarse como documento inapreciable para precisar el coeficiente de la mentalidad media española en los albores de este siglo. En aquel mazorril de tropos baratos —que nosotros no hemos tenido la paciencia de repasar— surge, hemos oído decir, una historia abogadesca, *ad probandum*, con todas las fantasmagorías de un espíritu indisciplinado, cerrado a la poesía y a la emoción. Allí no se dice que Inglaterra ayudara la independencia griega; allí no aparece que los británicos auxiliasen a las huestes garibaldinas para crear la *terza* Italia; allí se olvidan adrede los dulces cerros de Arapiles —que yo contemplo tantas mañanas, baña-

dos en un sol de oro— donde lord Wellington echó a los franceses de las entrañas de nuestra patria. El tranpantojo de Gibraltar sirve de abono a las deyecciones retóricas del señor Vázquez de Mella. Con alma de esclavo canta el orador carlista las andanzas del rey de los Hunos; toda la costra de intransigencia, de ignorancia, de brutalidad, de fanatismo, de mala fe, de mezquindad espiritual, de ñonez religiosa, que hay en los facciosos españoles, se ha ido desgranando bravamente, al compás tamborilesco de los párrafos oratorios del charlatán tradicionalista.

Ya casi no sentimos rencor por los alemanes. ¡Pobre pueblo, engañado y aturdido con el rumor de las espadas, el zumbido de los morteros y el chocar de las espuelas! Lo que nos produce indignación, coraje, asco, es la postura de los eternos retrógrados, que no saben nada, que no sienten nada, que no se preocupan de nada; que confunden la elocuencia con el *flatus vocis*, el patriotismo con la garrulería, el arte con la impulsión epiléptica, la ciencia con la fe del carbonero, España con un campo de ensayo para sus elucubraciones en el vacío.

¿Cuándo hacemos a estos señores el raspado de la matriz mental?

Estas algaradas de los carlistas en pro de la causa de Alemania no tienen ni siquiera la disculpa del fanatismo. Los facciosos han tirado por la borda las creencias religiosas, aliándose con los protestantes y con los mahometanos, ante la esperanza, tan ñona como absurda, de que Guillermo II intervenga en sus disensiones caseras. Los carlistas se han mostrado al desnudo como son: charlatanes, hueros, ignorantes, ininteligentes y toscos.

¡Pobres tontos!

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS.